

The background is a dark blue night sky with stars. A large, dark silhouette of a ship's hull and upper deck dominates the center. A person is visible on the deck. In the distance, a small rowing boat is on the water. The title 'LA LÍNEA DIVISORIA' is written in large, white, distressed, block letters. Below it, the author's name 'Carlos Laredo' is also in white, distressed block letters. A small subtitle 'Un caso del cabo Holmes' is positioned to the right of the first line of the title. Stylized leafy branches are in the top right and bottom left corners.

LA LÍNEA Un caso del cabo Holmes
DIVISORIA
Carlos Laredo

sin  errata

Edición digital publicada por

Sinerrata Editores
Barcelona
www.sinerrata.com
edicion@sinerrata.com

© 2016, Carlos Laredo
© 2016, sinerrata editores

Diseño de la cubierta: Manolo Acedo Lavado

Síguenos en:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Google+](#)

[Pinterest](#)

También puedes suscribirte a nuestro [*newsletter*](#) para estar al día de todas nuestras novedades y lanzamientos.

La línea divisoria
Un caso del cabo Holmes

Carlos Laredo

sin  errata

Capítulo I

1

La recepcionista del prestigioso despacho de abogados Bermúdez & Asociados, en la madrileña calle de Velázquez, echó una mirada fugaz a su compañera de mostrador, acompañada de un gesto de admiración, al ver entrar al sobrino del presidente, un hombre joven, alto, atractivo y vestido con elegancia, al que ambas conocían muy bien.

—¡Buenos días, señor Santos! —suspiró.

—¡Hola, chicas! ¿Está mi tío con alguien?

—No, señor, don Félix está solo y lo espera a usted —contestó la recepcionista.

—¡Gracias, Pili!

Santos levantó la mano con un gesto de saludo y echó a andar hacia el fondo del pasillo, que atravesaba una hilera de despachos de abogados, pasantes y

contables y terminaba frente a la sala de juntas y el despacho del presidente.

— ¡Qué hombre! — exclamó Pili para sí, complaciéndose en un pensamiento lascivo.

Julio César Santos, millonario por su familia y abogado de carrera, aunque nunca la ejerció, era director y único empleado de su propia agencia de detectives: más un hobby que un trabajo, para él. Solo aceptaba asuntos si le parecían divertidos y sus tarifas eran tan exorbitantes que raramente lo importunaba algún cliente. No obstante, el abogado Bermúdez, casado con una hermana de su madre, sabía que su sobrino era muy bueno cuando decidía tomarse en serio un asunto. Por eso lo había llamado.

Santos dio unos golpecitos en la puerta de su tío por cortesía y entró sin esperar respuesta.

— ¿Qué tal, César? Supongo que no te habré hecho madrugar — le dijo Bermúdez.

— ¡Hola, tío! Solo un poco.

— ¡Pero si ayer te pregunté si podías venir a las once!

— Por eso te lo digo.

— Pues tengo malas noticias.

—¿No me irás a decir que me has buscado trabajo otra vez?

—Exacto. Tengo un cliente para ti. ¿Estás muy ocupado últimamente?

—¿Cómo me preguntas eso, tío Félix? Si el último cliente que tuve me lo enviaste hace más de un año.

—Bueno, pues, si no estás agotado, quisiera que te ocuparas de un asunto algo delicado y, sobre todo, extremadamente confidencial.

Santos guardó silencio y observó a su tío. Félix Bermúdez, de sesenta y cinco años, vestía siempre con un terno azul marino, hacía gala de empaque episcopal y disfrutaba intercalando silencios en sus conversaciones, especialmente si trataba temas que despertaban interés. El famoso abogado aparentó mirar con suma atención una carpeta que tenía delante, como si fuera la primera vez que la veía, y luego levantó la vista hacia su sobrino, que adornaba su sonrisa con un toque de sorna.

—Verás, César: se trata de obtener cierta información oficiosa pero precisa acerca de un personaje importante. Algo muy delicado, ¿comprendes?

—Por favor, tío Félix —lo cortó Santos dando a su voz un tono de cansancio—, ya sé que todos tus asuntos son importantes y delicados. Olvida los preámbulos innecesarios y vete al grano: no soy un extraño. Vamos a ver, ¿quién es el cliente y qué quiere saber?

—¡Ah, no, no, no! —El abogado levantó los brazos mirando al techo, como si su sobrino hubiera blasfemado—. No empieces con tus prisas e intenta ser formal alguna vez. Si te digo que es algo muy serio es que lo es. Y no te diré quién es el cliente, porque, para ti, el cliente soy yo. En cuanto a lo que quiere saber...

—Tío —dijo Santos aprovechando la pausa—, tú no eres el cliente; tú eres un intermediario. Y, con todo respeto y cariño, te pediré que no me trates como si fuera idiota. No pensarás que voy a trabajar sin saber para quién lo hago. Vamos, por favor, abre esa carpeta y no te andes con rodeos.

—¡Juventud! —se lamentó el abogado—. Eres incorregible, César. Está bien, te diré algo.

—Oye, antes de nada, ¿me invitarías a un café? No me has dado tiempo de desayunar.

Bermúdez pidió por teléfono un café, que una joven trajo minutos después, cuando ya había empezado a explicarle a su sobrino de qué iba el asunto. En cuanto salió la empleada, el abogado continuó:

—Se trata de la filial española de una empresa de componentes electrónicos; no me preguntes cuál, porque no te lo diré. Si eres tan listo como presumes, adivínalo. Solo te diré que es una de las primeras del mundo en su área. Debido al elevado porcentaje de beneficios obtenidos últimamente sobre el capital social, el consejo de administración ha decidido hacer una ampliación con cargo a reservas y está ofreciendo a sus accionistas la posibilidad de comprar nuevas acciones en condiciones ventajosas, antes de que salgan a bolsa. ¿Me sigues? —Santos asintió con la cabeza—. Pues bien, hay un accionista que intenta comprar una gran cantidad de esas acciones. Una cantidad realmente importante, digamos de varias decenas de millones de euros, que lo convertiría en el principal accionista nacional y le daría un puesto en el consejo de administración.

—¿Y cuál es el problema?

—El problema es que esa persona podría tener alguna vinculación con negocios de dudosa reputación.

—¿Qué tipo de negocios?

—El consejero delegado no está muy seguro, pero sospecha que asuntos relacionados con el transporte y contrabando internacional de tabaco o, incluso, de narcóticos. Como es lógico, el consejo de administración no desea que alguien potencialmente problemático detente un número tan importante de acciones de la sociedad. Es una cuestión de imagen, ante todo. Lo que me han pedido es que indague, de forma discreta y segura, hasta qué punto son fundadas sus sospechas. Eso es lo que quiero encargarte.

—Podría ser interesante —comentó Santos empleando un aire indiferente.

—César, por favor, no empieces. Hay mucho dinero en juego y, sobre todo, está la reputación de este despacho. Se trata de presentar un informe serio y documentado. Nada de “parece ser que esto y lo otro” o “se rumorea que”. No. Ha de ser un auténtico informe, basado en hechos de los que tengamos pruebas y perfectamente documentado; un informe, ¿cómo te diría...?

—¿Oficial y vinculante?

—Casi.

—¿Quién es él?

—Manuel Vilacova. ¿Te suena?

—Nada en absoluto.

—Échale un vistazo a esta carpeta —le dijo extendiéndole el expediente—, pronto te sonará.

Santos tomó la carpeta y la abrió. Se entretuvo durante unos segundos leyendo la portada del dossier, calculó la cantidad de folios que contenía pasándolos rápidamente entre el pulgar y el índice, como se hojea un libro sin llegar a abrirlo del todo, alzó las cejas y le dijo a su tío:

—Supongo que me podré llevar esta carpeta, ¿no? O quieres que me la lea ahora.

—Solo es una docena de folios; claro que te los puedes llevar. Los he mandado imprimir para ti. En realidad, lo que encontrarás ahí son los datos personales de Vilacova, la lista de sus empresas, algunos detalles de interés general y cosas por el estilo. De hecho se trata de una información que podrías conseguir en la Cámara de Comercio o en internet. Pero hay algo que no aparece en ningún sitio

y que conviene que sepas. Manuel Vilacova no solo es uno de los mayores empresarios gallegos, sino que, además, está muy bien relacionado. Me refiero a políticamente. Mucho más de lo que pueda parecer, dado que es un personaje sumamente discreto. Tanto en su casa de La Coruña, como en su pazo de..., no me acuerdo ahora cómo se llama el lugar...

—¿Por dónde queda?

—Entre Villagarcía de Arosa y La Toja. Lo tienes todo ahí, en la carpeta. Te gustará el sitio, creo que es muy bonito y, además, hay un campo de golf por allí cerca.

—Entonces ya empieza a interesarme.

—Te decía que, en su pazo, organiza reuniones al más alto nivel: consejeros de la Xunta de Galicia, diputados, magistrados, empresarios, etcétera. Cuando digo reuniones, me refiero a comilonas y mariscadas. Incluso ha llegado a cerrar más de una vez para él solo y sus amigos, bajo el pretexto de alguna convención, el Parador de Cambados. Y eso, desde los tiempos de Fraga. Te puedes imaginar.

—Me hago una idea.

—Bueno, pues ya sabes lo que tienes que saber. Discreción absoluta...

—¿Otra vez, tío?

—En serio, César. Si de verdad Vilacova estuviera relacionado con los narcos gallegos y dieras un paso en falso, podrías tener serios problemas. Recuerda lo que te pasó en O Grove no hace tanto.

—Es que en Galicia hay que tener más cuidado con las mujeres que con los mafiosos.

—¿Tienes una idea de por dónde vas a empezar?

—¿Sabes lo que más me gusta de los asuntos nuevos, tío Félix? —le preguntó Santos como si no lo hubiera oído.

—Francamente, no.

—Pues que no tengo ni idea de por dónde voy a empezar.

—Puedo echarte una mano. El notario de Cambados es amigo mío: estudiamos juntos. Vete a verlo, le daré un telefonazo. Aquí tienes su dirección.

—Perfecto, gracias. ¡Ah!, supongo que tu cliente estará al corriente de mis gustos personales.

—Si te refieres a tu tarifa galáctica y tus exageradas notas de gastos, puedes estar tranquilo. No me han puesto ningún límite. —El abogado sonrió

maliciosamente y añadió—: Están acostumbrados a las notas de gastos y honorarios de este despacho.

—Ya sabes que no lo hago por dinero, es simplemente una cuestión de imagen.

—Claro, claro.

2

A unos setecientos kilómetros de allí, en Corcubión, un bonito pueblo coruñés próximo al cabo Finisterre, que forma con la localidad de Cee una aglomeración de unos diez mil habitantes, el cabo primero de la Guardia Civil José Souto, a quien sus compañeros llamaban cariñosamente Holmes por su perspicacia, descolgaba el teléfono en su minúsculo despacho, apenas mayor que la mesa del abogado Félix Bermúdez.

—Diga.

—Cabo, soy Ferreiro. Hay en la entrada un hombre que dice que ha visto algo raro y quiere hablar contigo.

—¿Algo raro? ¿Qué quiere decir eso?

—No sé, cabo. Algo raro en el mar; no quiere decírmelo a mí.

—Vale; ahora salgo, que me espere ahí.

El cabo José Souto se acercó a la entrada y saludó a un aldeano que conocía de vista. El hombre empezó enseguida a explicarle que, por la mañana, estaba en su barca pescando calamares, fondeado frente a la playa de Arnela, cuando vio pasar un yate bastante grande. Se quedó mirándolo y observó algo raro. Cogió los prismáticos, los enfocó y vio a unos hombres que se estaban peleando en cubierta.

—¿Peleando? —lo interrumpió el cabo—. ¿Cuántos eran?

—Eran tres.

—¿Y...?

—Pues que a uno lo atizaron con un bichero o algo parecido y se cayó al mar.

—¡Se cayó al mar! ¿Y qué hicieron los otros?

—Eso es lo raro, cabo. Pensé que iban a tirarle un salvavidas o bajar un bote, pero se metieron dentro y el yate siguió navegando, como si tal cosa.

—¿Y usted qué hizo?

—¿Qué quiere que hiciera? Cuando vi que el yate se alejaba, recogí las poteras, arranqué y me acerqué a ver si encontraba al hombre en el agua. Estuve media

hora dando vueltas, pero no lo encontré. Entonces me vine a Corcubión a decírselo a usted.

El cabo Souto miró hacia la ría, que brillaba bajo el sol de mediodía, y le dijo al hombre que entrara en el cuartel. Este se sentó frente a él, echó un vistazo a su alrededor y le dijo meneando la cabeza:

—Cabo, tiene usted un despacho más pequeño que mi lancha.

Souto, que estaba harto de los comentarios que solía escuchar acerca de su despacho, se limitó a contestarle:

—El dinero de los contribuyentes no da para más. — Se sentó y sacó su cuaderno de notas—. Vamos a ver, perdone, no recuerdo su nombre...

—José Canido; tengo una casa rural en Castrexe, ya sabe, frente a la playa de Rostro.

—Ah, sí, Canido; ya caigo. ¿Recuerda qué hora era cuando pasó el barco?

—Serían las ocho y media, aproximadamente.

—¿Puede darme una descripción del barco?

—Le puedo dar algo mejor, cabo. —Metió la mano en el bolsillo y sacó un teléfono—. Le hice una foto con el móvil.

—¿Le hizo una foto al barco? ¡Coño, Canido, es usted un tío listo!

—Ya ve, se me ocurrió.

Una gran sonrisa, algo poco frecuente en él, iluminó el rostro del cabo Souto, pues nada lo hacía más feliz que esa clase de ocurrencias, y tuvo que contenerse para no abrazar a Canido. ¡Una foto del barco!, se dijo, ¡qué más se puede pedir!

Esperó pacientemente a que el hombre encendiera el teléfono móvil y buscara la foto, lo que le pareció una tarea ardua al observar sus manazas, con dedos gruesos como el palo de una escoba y unas uñas que parecían haber sido cortadas a mordiscos. El hombre tardó, pero lo consiguió y, finalmente, le mostró orgulloso la foto al cabo. Desgraciadamente la calidad de la imagen era pésima y el barco estaba demasiado lejos para que pudieran apreciarse detalles.

—Mi hijo tiene ordenador, cabo —dijo el aldeano— y sabe cómo sacar la foto y enviarla por correo electrónico. Si quiere, le digo que se la mande.

—¡Claro que quiero! Se lo agradecería muchísimo. — Souto le devolvió el móvil—. Y ahora voy a hacerle unas cuantas preguntas. Por favor, no haga ninguna

suposición, contésteme solo con hechos: lo que hizo y lo que vio, nada más, ¿de acuerdo?

—Lo que usted mande.

—Muy bien, veamos. ¿De dónde venía el barco?

—Del norte. Iba de norte a sur.

—¿A qué distancia de la costa?

—Pues mire, yo faenaba en el bajío a una milla más o menos y el barco pasaría a otra media o poco más; o sea, a una o dos millas de la costa.

—¿Cree que podrían haberlo visto a usted en su barca?

—¿Que si pudieron verme a mí? Hombre, claro, vérseme se me podía ver. Pero media milla, ya sabe, es casi un kilómetro, y mi barca mide cuatro metros. Igual ni se fijaron.

—Cuando miró con los prismáticos y vio caer al hombre al agua, ¿se fijó cómo iba vestido? Quiero decir si iba en traje de baño o llevaba ropa normal.

—Ya no es tiempo de ir en traje de baño, cabo. A las ocho de la mañana soplaba viento del norte, había marejadilla y no estaríamos a más de ocho o diez grados.

El cabo Souto, fastidiado por esa manía de la gente de no responder nunca a lo que se le pregunta, hizo un esfuerzo y venció la tentación de recordarle a Canido que no le había preguntado lo que pensaba sobre el tiempo sino simplemente lo que había visto.

—¿Vio si estaba vestido o no?

—Pues, si le digo la verdad, no me fijé. Creo que iban todos vestidos.

—Me dijo que al que se cayó al agua lo habían golpeado con algo, ¿lo vio claramente o solo le pareció? Quiero decir que si vio que lo tiraban o pudo ser una caída accidental.

—Ya le dije que vi cómo lo golpeaban y el hombre se caía al mar. —Canido estaba molesto con la forma de preguntar del guardia civil y, antes de seguir, se lo pensó dos veces—. Claro que también podían estar jugando, ¡yo qué sé! Mis prismáticos son corrientes y ya le dije que el barco estaba a poco más de media milla. A lo mejor el tipo se tiró al agua a propósito y lo dejaron allí para gastarle una broma.

—¿Me está tomando el pelo?

—Mire, cabo, vi algo raro y he venido a decírselo lo más rápido que he podido. Pero, antes, me tiré media

hora buscando a un hombre en el mar. He perdido la mañana por hacer lo que me pareció que tenía que hacer, y usted me viene con que si vi o no vi, si me parece o no me parece. ¿Qué quiere que le diga? Si lo llevo a saber, llamo al 112 y listo.

—Disculpe, Canido —le respondió el cabo sorprendido por la reacción del hombre—. No se enfade, es mi manera de preguntar. Ya sé que ha hecho usted lo que debía y se lo agradezco, pero tiene que comprender que, para nosotros, los detalles son muy importantes.

Canido se encogió de hombros y no le respondió.

El cabo llamó a Orjales, su ayudante, para que tomara los datos al aldeano y le hiciera firmar una declaración. Después se despidió y fue a ver al jefe del puesto, el sargento Vilariño, para informarlo y tomar las medidas necesarias, como llamar a la guardia costera y al helicóptero de salvamento de Ruibo, para rastrear la zona antes de que las condiciones meteorológicas empeoraran, porque el viento había cambiado y unas nubes plomizas se acercaban por el oeste. No tardaría en ponerse a llover.

Antes de comer, el cabo Souto puso en limpio las notas que había tomado y recompuso en su mente la

escena descrita por José Canido. La pelea en la cubierta del barco y un hombre golpeado que cae al mar y es abandonado a su suerte. ¿Qué podía significar aquello? ¿Una discusión, un asesinato premeditado, un accidente? ¿Qué clase de gente iba en aquel barco, que no se molestaba en recoger a alguien que se cae al agua? ¿Se cayó o lo tiraron? Cuando salió de su ensimismamiento, apuntó en su libreta: “uno, buscar al hombre; dos, buscar el barco”. Se levantó y fue a la sala donde trabajaba Orjales.

—¿Apuntaste el teléfono de la casa rural de José Canido?

—Sí, cabo.

—Llámallo y dile que necesito la foto del barco cuanto antes.

—No sé si habrá tenido tiempo de llegar a su casa.

—Pues llámalo cada cuarto de hora: es muy importante localizar ese barco antes de que lo perdamos, y no podemos avisar a todos los puertos de aquí a Portugal sin una descripción.

—Si quieres, me acerco a Castrexe. No me cuesta ningún trabajo.

—Buena idea.

Orjales fue a buscar un coche y José Souto se dirigió a la cantina para comer. Había cocido gallego y se le llenó la boca de saliva al captar el denso aroma del caldo que, como un fantasma en su castillo, flotaba por los pasillos de la casa cuartel.

3

Después de comer, Souto subió a su piso y se tumbó en la cama para descansar hasta las cuatro. Los ojos se le fueron cerrando por efecto de la digestión del cocido hasta que se quedó completamente dormido. De pronto le pareció que empezaban a sonar a la vez todos los timbres del cuartel y se incorporó de un salto. Su móvil vibraba en la mesilla de noche. Le extrañó, porque era su teléfono oficial y muy poca gente, fuera de la Guardia Civil, conocía el número. Miró la pantalla y el número que vio no le sonaba de nada.

—Diga —soltó con voz de ultratumba.

—¡No me digas que te he despertado de la siesta!

—Pues sí, ¿quién eres?

—¿No me reconoces, Pepe? Soy Julio César Santos y Santos, de Santos Detectives, Madrid. Un hombre cuya vida te pertenece. ¡No sabes la alegría que me acabas de dar!

—¡Coño, César! ¿Qué dices? Perdona, pero es que estoy medio dormido. ¿Qué es eso de una alegría?

—La inmensa alegría que me produce haberte despertado por fin una vez, después de las muchas que tú me has despertado a mí, con esa horrible manía que tienes de llamarme de madrugada.

—¿Pero de qué hablas? Si nunca te he llamado antes de las diez de la mañana.

—Diez de la madrugada, querrás decir, ¡de la ma-dru-ga-da! Yo soy una persona refinada, Pepe, y no vivo en un cuartel, donde levantan a la gente a media noche a toque de trompeta, diana o como se llame. ¿Qué tal estás, sabueso?

—Muy bien, pijo madrileño. ¿A qué debo el honor de tu llamada?

—No tengas complejo de aldeano, Holmes. Te llamo para saber cómo estás.

—Vamos, César, eso no te lo crees ni tú. ¿Qué tal te va?

—Mal.

—¿Y eso?

—Me ha salido un cliente y voy a tener que trabajar.

—Lo dices como si te hubiera salido un forúnculo.

—Algo así, Holmes. Y, para colmo de males, es un cliente gallego.

—¡Ah, maricón! Empiezo a entender. Me vas a pedir algo, ¿verdad?

—¿Pero, qué tonterías dices? ¿Cuándo me has visto a mí pedir ayuda a la Guardia Civil? Te llamo porque tengo intención de ir a Galicia y me gustaría verte.

—O sea, que vas a venir a jugar al golf. ¿Dónde, esta vez?

—Por la zona de Villagarcía.

—¡Vaya! ¿Y cuándo piensas venir?

—Pronto. Dime tú cuándo te viene bien, para que podamos salir juntos a tomar unas cañas.

—Pues mira, precisamente mi novia se ha ido a Lourdes con mi tía Carmen, o sea que voy a estar solo durante toda la semana.

—Perfecto, te llamo esta tarde o mañana para confirmarte cuándo llego, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Souto se sentó en el borde de la cama y miró el reloj que su amigo detective le había regalado hacía tiempo. César Santos, ¡qué tío!, pensó recordando los dos asuntos en los que, por una serie de coincidencias, habían trabajado juntos. Un tío elegante, simpático, millonario y cachondo, pensó, que, a pesar de no tener nada en común con él, le caía bien y se alegraba de volverlo a ver.

Si queréis seguir disfrutando de la novela podéis adquirirla en cualquiera de estos [puntos de venta](#).

SOBRE EL AUTOR

Carlos Laredo Verdejo (La Coruña, 1939) estudió Filosofía y se licenció en Derecho en la Universidad de Santiago de Compostela. Con una carrera profesional labrada en el mundo de la publicidad y la comunicación en Europa y Latinoamérica, desde su jubilación reparte su tiempo entre su familia (está casado y tiene tres hijos), la música, la pintura y, su verdadera pasión, la escritura.

[El rompecabezas del cabo Holmes](#) (sinerrata editores, 2012) fue su primera incursión en la novela policíaca, iniciando una serie que continúa con *[La decepción del cabo Holmes](#)*, *[El secreto de las abejas](#)* y *[La línea divisoria](#)*, pero su curriculum literario es extenso. Ganó el X Premio Peliart de Poesía (1984) y el premio Delta (1997), con la novela *La amante religiosa*, publicada en castellano por Ediciones del Prado y en gallego por Edicións Embora. Fue finalista del Premio Adriano de Novela Histórica (2001) con *El regalo de Centla. Memorias de la intérprete de Hernán Cortés*, publicado por Ediciones Apóstrofe y por RBA Editores en su colección Conquistadores. En 2002 publicó *La huida de La Loba* (Editorial Toxosoutos), en castellano y en gallego (traducido por él mismo). Sus novelas juveniles *Valdelobos* (2009) y *Lena e o lobishome* (2010) han sido publicadas por Tambre (Edelvives). También se ha adentrado en el género de la biografía, con la del compositor *[Joaquín Rodrigo](#)* (2011), editada en su colección Biografías por la Institución Alfonso el Magnánimo (Diputación de Valencia) y en versión digital por sinerrata editores (2013).